Comentarios al «Cancionero de Sagres», del poeta Antonio Pereira

Gabriel Espino

El fino poeta de Villafranca del Bierzo, Antonio Pereira, ha enriquecido su ya importante obra poética con su "Cancionero de Sagres", nuevo libro que viene a sumarse a los que previamente había publicado: "El regreso" y "Del monte y los caminos". Sobre éste tuvimos la satisfacción de hacer, en su momento, un justo elogio en estas mismas columnas. El volumen que acaba de aparecer pulcramente editado, es el número 7 de la Colección de libros de Poesía, que dirige el también poeta Luis López Anglada.

El vate berciano tiene bien acusado perfil en la lírica actual, porque desde un principio encontró su acento propio, su ritmo, para decirlo con el término más grato al maestro Unamuno cuando habla del estilo.

En este florilegio poético, todo él sobre temas lusitanos, acerca el autor su penetrante sensibilidad a ese bello país, “Jardim da Europa beira mar' plantado” que inspiró tan hermosas e inmortales páginas al alto lirismo unamuniano. En el poema "Canción de la raya", que sirve de pórtico a su Cancionero, exclama el poeta:

"¡Qué bien huele Portugal!

El aire de sus pinares

llega hasta Ciudad Rodrigo.

……..

Toda la raya rayana

me huele a amores antiguos."

Pereira luce siempre en sus poesías la excelencia de la brevedad, de la condensación lírica que armoniza tan bien con la fugacidad y variedad de los estados líricos; y por eso nos da en apretada síntesis los motivos que le inspiran, o los deja, a veces, sólo

insituados para que la intuición del lector pueda colaborar con el poeta. Y no es este el menor encanto de sus versos, que, por otra parte, le asemeja a las más encumbradas creaciones de la lírica popular.

Cualquiera de sus poesías sirve para comprobar estas características de su lirismo. Véanse como ejemplos las tituladas: "Paisaje con hombres", "Viniendo por Peñafiel", "Romance del quinientos y aún", "Cementerio de Evora", la bella elegía; "Carta a González Alegre". De todas quisiéramos citar algunas estrofas, pero en la imposibilidad de hacerlo, trasladamos sólo estos pasajes:

"Viniendo por Peñafiel

ví que un anciano, a la aurora,

cavaba solo la tierra

como quien cava su fosa.

Los brazos que antes lo hacían

fueron a labrarse gloria."

Se inspira toda la composición en el espíritu de aventura de los grandes navegantes portugueses, y en la tristeza de los que quedan; por eso concluye el autor:

"Yo canto por los que quedan,

patria a la que nadie nombra."

Una variación sobre el mismo tema vemos en "Romance del quinientos y aún", cuyo título ya apunta, por sí mismo, que el afán emigratorio no se extinguió en Portugal con el gran siglo, pues luego de hablar de aquél pone nuestro poeta este colofón de actualidad:

"Un camión que marcha a Francia

se esconde en la oscuridad."

De la conmovedora elegía que antes citamos "Carta a González Alegre", son estos versos:

"Al agua clara yo no le conozco

un hermano más fiel y parecido

que tú, Ramón. Y el agua, ¡qué contenta

de ser como tú has sido!"

……

Te fuiste y te lloraron ruiseñores.

Ensombreció la flor de los espinos.

Por ti se retrasaron los almendros

y fue más agrio el vino.

……..

tu verso aquel... del río que no vuelve

ya lo cantan los niños."

La nota irónica asoma, con fuerza, en la composición "¿Oporto Sir...?", y son frecuentes en la lira de Pereira las vibraciones de piedad y simpatía por los humildes. Véanse, por ejemplo, los poemas "Campo Maior", "Sierra de Marao", "La espera", "La exageración", "La aprendiza" y "Fado de la limpiadora".

Profunda la meditación "Tardes en los Jerónimos", en que el poeta lamenta la alegría que se pierde por entregarse a tristes presentimientos que luego no se cumplen.

"Cada vez que estuve triste

por lo que fuera a ocurrir,

perdí un puñado de rosas.

¡Ahora lo puedo decir!

... Cuando no me quedan rosas.

Ahora que ya no es abril."

El poeta enlaza estas reflexiones con la siguiente, que inicia otra composición:

"Mi muerte no la sabré,

por qué habría de llorar

la pena que no ha de ser."

Al frente de la última parte de su Cancionero pone por lema el poeta leonés estas palabras:

"No promontório de Sagres sonhaba

o Infante D. Henrique, O Navegador..."

(De la Historia de Portugal.)

Y resume en una de las más logradas poesías de este manojo de flores líricas, "La hora de la saudades", toda la dulce y honda tristeza de Portugal, que, como dice don Miguel, que tanto le amó y tan profundamente penetró en su espíritu, "desde el día lúgubre de Alcázarquivir parece vivir vagamente sumergido en ensueños de pasadas grandezas".

He aquí las dos estrofas, primera y última, de la magnífica composición a que hemos hecho referencia:

"Anochece en Portugal.

Toda la melancolía

del mundo pesa en el alma.

¡Qué lenta la anochecida!

…….

Por fin, la roca de Sagres.

¡Qué vigilar de agonía!

Mis barcos iban partiendo,

pero ninguno volvía…"

Ponemos fin a nuestros comentarios con la sincera convicción de que el notable

poeta del Bierzo, nuestro buen amigo, ha rendido con su "Canciones de Sagres" un fervoroso homenaje, de admiración y cariño, a la nobilísima nación hermana.